

LIBERTAD ¿PARA TODO?

**ALTIUS
CELTUS
FORTIUS**



Foto: CDT.

Apropiado es aplicar la máxima olímpica —en tiempos de competición— [Lidia Falcón] a las pretensiones de nuestros autores y directores dramáticos. Más alto, más fuerte, más lejos... siempre más lejos, parecen exigirse a sí mismos, respondiendo —aseguran— a las exigencias de un público que parece no estar nunca saciado de sobresaltos, sorpresas, emociones y crímenes.

Diríase que tratan de emular los más escandalosos programas televisivos que, según dicen, acaparan las cotas de audiencia; las más espectaculares y disparatadas películas de acción, los más arriesgados ejercicios circenses. Como si de una competición efectivamente se tratara, los espectáculos teatrales actuales exhiben los decorados más extraños y dispares con la estructura de la obra, puros dislates tantas veces; llenan de luces el escenario o lo sumen en la tristeza, obligan a los actores a cantar, bailar, contorsionarse, subirse a la tramoya, dar gritos y saltos, y acaban obligando al público a lo

que llaman «participar», que significa molestar a los espectadores echándoles agua, polvos, chispas, gorros, plumas, bocadillos, arena, levantándolos del asiento, subiéndoles al escenario y en definitiva burlándose de ellos. Con tales prácticas llenan la mitad del tiempo del espectáculo. La otra mitad no vale la pena contarla.

En esta frenética carrera por ser el más original, el más novedoso, el más imaginativo, las zafiedades y experimentos asquerosos sobre las obras más significativas del arte universal se han multiplicado en los últimos tiempos: los dragones, enanos y gigantes de

Arriba, escena de *XXX* de La Fura dels Baus, basado en *La filosofía del tocador* del Marqués de Sade. Director Àlex Ollé y Carlos Padrissa. Interpretada por La Fura dels Baus.

¿Ese es el teatro que
queremos? ¿No ha de haber
límites para nada?
¿Todo está permitido?

la mitología alemana wagneriana representados por oficinistas de gabardina y bombín; Tiresias en *Edipo* vestido de indio americano; las hijas de Bernarda Alba sentadas en el retrete orinando y lanzando al escenario paños higiénicos manchados de sangre; Tito Andrónico, analizado por Shakespeare, convertido en un maricón de vodeville rodeado de gitanos en vez de galos, de cortesanos travestidos ridículos, de guerreros que salen a escena montados en Harley Davidson; nobles italianos renacentistas recreados por Verdi en *Un ballo in máscara*, que cantan sentados en el retrete mientras defecan; la dulce Margarita, ingenua y tierna víctima de Fausto, convertida en prostituta. Estos directores hacen realidad el axioma de que no hay límite para la experimentación, pero lo que consiguen es desvirtuar, ocultar totalmente el mensaje que los autores quisieron transmitirnos. Nuestro público, tan desinformado por decenas de años de ignorancias y censuras, se habrá hecho la idea de que Shakespeare, Verdi, Wagner, Esquilo, Goethe, García Lorca, eran unos autores muy divertidos y contraculturales que hacían reír una barbaridad.

Difícil para todos competir en ese mundo en el que hay que demostrar que uno es el más atrevido, el más transgresor, el más obsceno, el más..., en un tiempo en el que se han visto en los escenarios y en las pantallas pequeñas y grandes las actividades sexuales más insólitas y los actos de terror y sadismo más repugnantes; en los que se visionan miles de asesinatos, violaciones y torturas. Me planteo qué tendrán que inventar todos y todas las que pretenden estar ahí y ahora, para ser innovadores y escandalizadores. Tendrán que herirse realmente y hasta matarse en el escenario.

Algunos ejemplos para ilustrar este curso de horrores:

El espectáculo de la Fura del Baus XXX, dedicada al sadomasoquismo, con la adaptación de la vieja obra del Marqués de Sade, *La Filosofía del Tocado*, donde se practica el sexo en vivo con la violación de una muchacha en escena. Fue el éxito del año.

Las marionetas del pene han deleitado durante meses a unos espectadores pendientes de los retorcimientos a que sometían su miembro. Sin más.

«Asia Argento, musa sexual», titula un periódico un reportaje sobre tan interesante personaje, y explica: «Es tan procaz como

polifacética... Canta y sirve de inspiración a Trash Palace, un proyecto que gravita en torno a su tema favorito: el sexo». Una estrella más del firmamento cinematográfico que ahora ha cantado un disco después de haber sido protagonista de las películas de su padre de las que el periódico nos informa que «su padre la dirigiera en controvertidas escenas sexuales la convirtió en carne de prensa sensacionalista».

Un actor rebotado de la Fura —está claro que ha creado su propia escuela— ofrecía en Barcelona un «show» nuevo, sin duda. Aparecía sólo en escena con un hornillo eléctrico y unos ingredientes culinarios. Mientras contaba vulgaridades escatológicas sobre su vida, iba friendo en el hornillo carne y especias. En un momento dado, una enfermera subía al escenario, le ponía en un brazo una goma y le extraía con una jeringa un decilitro de sangre de la vena. El actor, a continuación, mezclaba su sangre con el sofrito de la sartén. Una vez revuelto, lo sacaba y metía en una tripa preparada al efecto. Después, con un trozo de pan, ofrecía al público trozos de esa especie de morcilla. Hubo algunos que se la comieron.

Por supuesto, no hay obra en la que no se nos ofrezca algún desnudo, especialmente de mujer, imitando zafiamente la exhibición de mujeres objetos sexuales para el disfrute de ojos masculinos, a que la publicidad televisiva nos tiene acostumbrados. Me sorprende todavía, veinticinco años después de la entronización de la democracia, que los españoles estén tan ansiosos de verse desnudos, de observar el cuerpo de los demás, de asistir a espectáculos de sexo. Lo atribuyo a que todavía no se han curado de la curiosidad insatisfecha, de los retorcimientos del alma y de los sentimientos de culpa masturbatorios, a que la torturante educación religiosa los sometió durante toda su infancia y adolescencia. Todavía viven las víctimas, y quien sabe si los hijos de éstos recibieron en los genes la herencia de angustia y represión que tanto hizo sufrir a sus padres.

Recuerdo la versión española de *Amadeus*. El director obligó a la actriz, la ingenua e infeliz esposa de Mozart, a desnudarse completamente en la escena en que se ofrecía a Salieri, desesperada por la necesidad que padecía el matrimonio de cubrir sus deudas. Para ello le había proporcionado un vestido que al tirar de los corchetes se abría entera-

mente y no llevaba ropa interior. Meses más tarde vi la obra en Londres. En la misma escena la actriz, para insinuar a Salieri, se desabrochaba ligeramente el escote de un atuendo que, siguiendo las normas de la época, constaba de numerosos y engorrosos aditamentos; pantalones, corsé, cubrecorsé, camisa, enaguas, blusa, falda, corpiño. Pero el director español quiso demostrar que los reprimidos españolitos salidos al fin del túnel de represión fascista, éramos más liberales y desinhibidos que los puritanos ingleses.

Muchos de nosotros —autores teatrales— que cumplimos más del medio siglo, hemos padecido la censura franquista de nuestras obras. Tenía veintitrés años cuando me prohibieron la representación de aquella que podría haber constituido mi primera salida a escena: *Un poco de nieve blanca*. En los archivos de los textos censurados por los psicópatas del ministerio, cárcel del talento, se encuentra, para documentación de los estudiosos. ¿Quién, podría, por tanto, defender la censura, la prohibición de escribir o escenificar los productos de la imaginación literaria o teatral?

Pero hoy, aquí, en las páginas de nuestra querida revista de la no menos nuestra asociación, quiero plantear la pregunta que da título a este artículo: libertad, ¿para todo? ¿Para violar en directo a jovencitas actrices, para defecar en escena, para extraerse sangre de la vena de un actor y servirla de comida? ¿Para mostrar al público —de cualquier edad— los horrores de la imaginación humana, como una diversión? ¿Para hacer mofa del cuerpo humano, del amor, de la sexualidad, de la vida, del honor?

¿Ese es el teatro que queremos? (Podría añadir, y la literatura, la pintura, el pensamiento, la política, la sociedad) ¿No ha de haber límites para nada? ¿Todo está permitido?

Si la moral —¡oh vieja y despreciada palabra, sinónimo hoy de cursilería y conservadurismo— no impone hoy normas, porque en realidad no tenemos moral —hemos perdido la reaccionaria que nos oprimió durante interminables cuarenta años y todavía no hemos sido capaces de elaborar la nueva que corresponde a nuestra convulsa sociedad— por lo menos el buen gusto debería intentarlo. ¡Oh, ya oigo a mis burlones críticos riéndose de esta expresión. ¿Qué es el buen gusto, dirán? Esa fue la calificación que utilizó Hitler para enviar a la hoguera a las

más grandes obras plásticas del arte universal, en los años 40. Esa es la que sirvió para calificar de «alta comedia» y «grandes obras» las cursilerías moralizantes y reaccionarias de Benavente, Calvo Sotelo, Alfonso Paso, Ruiz Iriarte, que coparon los escenarios españoles durante décadas. Esa es la que sirve a las señoras de Serrano para alabar o descalificar la moda, las costumbres y la vida de sus vecinos.

¡Oh, ya lo sé, queridos amigos! He sido víctima durante lustros de ese teatro, de ese arte amanerado, de la hostilidad de esas señoras. No hace falta que me las pongan de ejemplo. Pero, nosotros —los más inteligentes, vanguardistas y progresistas autores— ¿qué gusto tenemos? ¿bajo qué cánones deseamos regirnos? No cánones, no gusto, diría un nihilista, únicamente el caos. Pues bien, ya lo hemos alcanzado.

¿Y eso es lo queremos?

¿Queremos que nuestros hijos e hijas, nuestros nietos y nietas, tengan como ejemplo de teatro actual las violaciones de muchachas, el sexo con el propio padre, comerse la sangre del vecino, observar los excrementos de los demás?

¿Creemos que las grandes pasiones humanas que fueron la motivación de los autores clásicos: amor, odio, ambición, envidia, avaricia, han desaparecido de nuestra alma, para que en nuestros vacíos cerebros y resecos corazones, como pasas, sólo se albergue el más elemental impulso sexual, la más soez burla, la risa estulta?

Aquí dejo estas preguntas que por su sencillez no deberían causar escándalo, en un mundo en que los máximos horrores no lo suscitan, pero que sí exigen respuesta. Nuestra generación, la de los veteranos que aún no hemos muerto, tenemos la obligación de dejar en nuestro legado el esfuerzo de haber intentado dotarnos de nuevas normas de relación humana. Tenemos la obligación de plantearnos cuál deseamos que sea la ética del siglo XXI, que debería regir los tan queridos y pretendidos ideales de libertad, igualdad y solidaridad, y de los que el arte, y muy especialmente el teatro, es defensor y transmisor. De otro modo habremos hecho dejación de nuestro deber y abandonado el escenario a la dramática situación en que se encuentra. Y de las consecuencias que de ello se derivará no sólo seremos culpables sino también víctimas. ■

Tenemos la obligación de plantearnos cuál deseamos que sea la ética del siglo XXI, que debería regir los tan queridos y pretendidos ideales de libertad, igualdad y solidaridad, y de los que el arte, y muy especialmente el teatro, es defensor y transmisor.
